

Solemnidad. Santa María, Madre de Dios (1 de enero)

María es Madre de Dios y Madre nuestra

María es Madre de Dios, verdad que conocemos y repetimos, pero que, si nos fijamos bien, es un milagro colosal, incomprensible, infinito. En el ambiente de celebración del Nacimiento del Hijo, el cual nos refiere el Evangelio de hoy (Lc. 2, 16-21) la Iglesia nos invita a celebrar el primer día de cada año a María, Madre de Dios... y Madre nuestra: "Bendita sea por siempre la Santa Inmaculada Concepción de la Bienaventurada siempre Virgen María, Madre de Dios... y Madre nuestra".

La verdad de que María es verdadera *Madre* de Dios, la *Theotokos*, la Iglesia la definió en el concilio de Éfeso en el 431. San Cirilo de Alejandría, que presidió el Concilio, escribía a continuación a sus fieles: "*Sabéis que se reunió el santo sínodo en la gran iglesia de María, Madre de Dios. Pasamos allí el día entero... Había allí unos doscientos obispos reunidos. Todo el pueblo esperaba con ansiedad, aguardando desde el amanecer hasta el crepúsculo la decisión del santo Sínodo... Cuando salimos de la iglesia, nos acompañaron con antorchas hasta nuestros domicilios, porque era de noche. Se respiraba alegría en el ambiente; la ciudad estaba salpicada de luces; incluso las mujeres nos precedían con incensarios y abrían la marcha*" (Epístola 24). San Ignacio de Antioquía llama a Jesús "el hijo de Dios y de María".

La Segunda Lectura nos dice que "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, para rescatarnos, a fin de hacernos hijos suyos. Puesto que ya somos hijos... podemos exclamar '¡Abba!', que quiere decir ¡Papá! ¡Papito!" (Gal. 4, 4-7). Parodiando a San Pablo, puesto que ya somos hijos, si podemos llamar así al Padre, también podemos llamar a la Madre: ¡Madre! ¡Madrecita! ¡Mamá! ¡Mamita!

Esto coloca a María a una altura que da vértigo, al lado del Padre. Pero también, por ser de nuestra raza "*nacido de una mujer*", está cercana a nosotros y se hace nuestra madre también, madre de la Iglesia. De esclavos que éramos pasamos a ser hijos en el Hijo (segunda lectura). Maravilloso intercambio éste como para felicitar a María y felicitarnos entre nosotros.

Ahora, veamos la misión que tiene esta *Madre*, como toda madre. Una madre *da a luz* a su hijo con amor y acompaña a su hijo hasta el final. Así hizo María con su Hijo Jesús. Una madre *amamanta* a su hijo. Una madre *cuida* a su hijo. Una madre *respet*a la libertad de su hijo. Una madre *acompañ*a a su hijo en sus momentos alegres y también en los momentos difíciles. María es madre de todos los hombres en el orden de la gracia. Al dar a luz a su primogénito, dio a luz también espiritualmente a aquellos que pertenecerían a él, a los que serían incorporados a él y se convertirían así en miembros suyos. Ella desde el cielo intercede por

nosotros, nos consuela, nos anima y nos apunta a su Hijo diciéndonos: "*Hagan lo que Él les diga*".

Pero pareciera que nosotros no queremos vivir así. Decimos que queremos las gracias que nos vienen por manos de la Virgen, pero también queremos nuestra voluntad. Y las dos cosas no pueden ir juntas. Decimos que queremos vivir bajo el manto de la Virgen, pero también queremos vivir bajo el manto de nuestros caprichos. Decimos que queremos recibir los dones divinos, pero creemos que nuestros propios deseos son más importantes que esos dones.

Por eso en este primero de año, podríamos hacerle al Señor una carta en blanco, que comenzara en imitación a la Madre de Dios, por un "Hágase en mí según tus deseos" y terminara con un "Amén. Así sea", dejando que El, Padre infinitamente Sabio y Bondadoso, la llenara de sus deseos, de sus designios, de sus planes para nuestra vida.

Así podremos recibir desde este primer día del año la bendición con las palabras que Dios mismo nos dejó y que leemos en la Primera Lectura: "El Señor los bendiga y los guarde, haga brillar su rostro sobre ustedes y les conceda su favor, vuelva su mirada misericordiosa a ustedes y les conceda la Paz" (Núm. 6, 22-27).

Por tanto, preguntémonos qué podemos imitar de María, nuestra *Madre*. El evangelio nos da dos secretos: "*Ella conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón*". Seamos hombres que sabemos rumiar las cosas de Dios en nuestra vida, y como decía san Agustín, dado que no podemos imitarla en la primera Encarnación física, imitémosla en la segunda encarnación espiritual "*concibiendo el Verbo con la mente*". Y segundo, salgamos de la Navidad como los pastores que salieron "*dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto*", es decir, seamos testigos de esta Encarnación del Hijo de Dios y de esta Maternidad divina de María.

Pensemos ¿Tengo a María como madre de mi fe, esperanza y amor? ¿Rezo continuamente a María? Puedo, como María, recibir la palabra, custodiarla en mi corazón, hacer de ella la luz para mis pasos, alimento de mi vida espiritual.

El frágil Niño que la Virgen muestra hoy al mundo nos haga agentes de paz, testigos de él, Príncipe de la paz. Que Ella, Madre de Dios, nos ayude a acoger a su Hijo y, en él, la verdadera paz. Pidámosle que ilumine nuestros ojos, para que sepamos reconocer el rostro de Cristo en el rostro de toda persona humana, corazón de la paz. ¡Feliz año nuevo a todos!

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)